

Ética de la ciudad entre pobreza y riqueza

Serena Santoro*

UNINT, Italy

Abstract: Propongo una explicación sobre el concepto de ética de la ciudad respecto a la sociedad en la que vivimos. El artículo se enfoca en resaltar el contraste social y urbanístico, que se generó y sigue creciendo en Argentina de manera puntual en Buenos Aires, respecto a las villas miseria. En específico se tratan las diferencias entre la Villa 31 ,el barrio pobre, y Puerto Madero ,el barrio rico, dos realidades tan distintas como tan similares que viven codo a codo.

Keywords: ética, contraste, pobreza, riqueza, urbanización.

*Email: santoroserena19@gmail.com

ISSN 2533-0675

JPC © 2018

DOI: 10.17605/OSF.IO/XBYT7

journalpc.org

1. Introducción

La premisa subyacente en este artículo es la constatación de la presencia arraigada de la pobreza en el mundo. De hecho, aunque las sociedades modernas están en constante progreso y evolución sobre todo a nivel urbano, la dicotomía entre pobreza y riqueza está cada día mas marcada y genera un abismo muchas veces difícil de colmar. El presente trabajo se abre con un análisis del concepto de urbanismo y más adelante se enfoca en la relación de este con el “otro”, a través de la situación específica de la ciudad de Buenos Aires. El mensaje importante de Kapuscinski es que el otro es el que es diferente de nosotros principalmente por raza, nacionalidad y religión (2012); al mismo tiempo, nosotros mismos somos otros a los ojos de los que tienen una cultura diferente a la nuestra.

En específico, fue analizada la realidad urbanista y social de algunos “otros” presentes en la ciudad de Buenos Aires, o sea los llamados “villeros” que forman numerosos conjuntos habitacionales indicados como villas miseria. De hecho se dirige el análisis a la contraposición de una parte muy pobre de esta ciudad, la villa 31, respecto a una parte muy rica, o sea Puerto Madero, que en la realidad se encuentran una al lado de la otra, generando la absurda contigüidad física y no social entre ellas. Entonces no es oro todo lo que reluce, ya que lo que representaría el bien del País, Puerto Madero y el mal, la villa 31, en realidad, como lo Ying y lo Yang, se intercambian entre ellos porque es cierto que dentro del bien existe una semilla de maldad y que dentro de todo el mal existe una semilla del bien, de hecho, sin el bien no puede existir el mal y viceversa.

1.1. Nacimiento y evolución del urbanismo

Teniendo en cuenta las condiciones de vida en la que vivían las personas en el Medioevo se entiende el concepto de *urbanismo*, que destaca el arte de construir y el arte de habitar. En efecto, este periodo se caracterizaba por la peste, la contaminación del aire, la inmigración, el desempleo, las precarias condiciones higiénicas y el crecimiento demográfico. Para solucionar este problema los ingenieros de la época querían construir ciudades más limpias y vivibles. En este contexto, en el 1859, Ildefons Cerdà utilizó por primera vez la palabra urbanista con su verdadera esencia, o sea refiriéndose a aquella persona que se dedica a el urbanismo. Como él también, otros profesionales, como Frederick Law Olmsted y el barón Haussman, intentaron cambiar el concepto de la ciudad, pero siguiendo distintas perspectivas. La ciudad tenía que ser para Cerdà más igualitaria, para Olmsted más sociable y para Haussman más accesible. Sin embargo estos urbanistas no prestaron atención como iba a reaccionar la multitud de gente que empezaba a vivir en la ciudad. Todo esto fue estudiado por Simmel (Sennett 2018), que afirma que la gente no es indiferente a lo que pasa a su alrededor y actúa a través de un comportamiento blasé, o sea se pone una máscara para protegerse evitando de reaccionar impulsivamente, utilizando la cortesía y la gentileza. Durante la Segunda Guerra Mundial, Park, profesor en la Chicago School, enfocó su trabajo sobre el concepto de Comunidad afirmando que “la ciudad no es simplemente un mecanismo físico, sino una construcción artificial. Es incluida en el proceso vital de la gente que la compone, es el producto de la natura, en particular de la natura humana” (Sennett 2018). Esto quiere decir que la ciudad está formada por sus habitantes.

Uno de los documentos más importantes sobre la construcción de la ciudad es la Carta de Atenas, redactada por los miembros del Ciam (congres international d'architecture moderne) en 1933, cuyo objetivo era la creación de una ciudad funcional basada sobre distintas columnas, o sea el concepto de habitar, de trabajar, de recreo y de circulación. Ese documento por lo que se refiere a el habitar sigue las construcciones de Corbusier, es decir palacios grandes, con muchos pisos y situados uno más lejano del otro, porque se quiere adquirir más territorio posible. Por lo que se refiere al recreo es el nacimiento de lugares con finalidades definidas como las asociaciones juveniles. Hablando del trabajo se intenta reducir la distancia entre el lugar habitacional y el del trabajo sin dar importancia a la cualidad y a la tipología del mismo.

1.2 El *Otro* y el urbanismo

Durante el siglo XIX, la revolución urbana, impulsó la gente a trasladarse en la ciudad donde vivían en casas precarias y sin poseer nada. Las diferencias culturales que se enfrentan en una ciudad cargan de significado el concepto de ética de la ciudad, o sea arrojan dudas sobre las formas establecidas y sobre los estilos de vida. En esta multitud de culturas distintas se puede identificar el Otro mediante tres términos: extraño, hermano y vecino. La utilización de estos términos fue teorizada por tres filósofos: Heidegger coligó la filosofía de la existencia al rechazo de quien vive realidades diferentes; Okakura habló de la idea de la fraternidad y Lévinas explicó el problema del “próximo”. Heidegger durante su carrera reflexionó sobre el concepto del Dasein: él pensaba que la gente debía luchar para establecerse enfrentando la angustia que provoca dejar

sus propios afectos y sus lugares predilectos. Tomar conciencia de que existen individuos diferentes a nosotros, que entrar en contacto con ellos constituye una dimensión ética que civiliza el espacio urbano. Existen dos maneras para evitar los Otros: escapar de ellos o aislarlos. Para los urbanistas esto es importante porque determina no solo la exclusión de los individuos sino también la construcción de espacios que se adaptan a ellos y no a otros. La exigencia de escapar de ellos nace a través de la sensación de la presencia del Otro, que impida a un individuo de erradicarse. La exclusión del Otro se vuelve complicada cuando el individuo necesita de “él” que tanto desprecia. En una ciudad las formas de exclusiones se intensifican a través del lugar, sus espacios y de sus edificios. De hecho, estas formas de exclusiones no se pueden eliminar completamente sino solamente atenuar.

Hoy en día, la diferencia de clases sociales no se perciben a la misma manera de la diferencia de raza, de religión y de etnia. La ciudad contribuye a la fragmentación de la clases sociales, favoreciendo la formación de barrios pobres. La comunidades mistas viven mejor hasta que el Otro no aparece en primer plano. Si esto sucede el peso de esta persona es más grave y puede crear un clima de desconfianza. El miedo respecto a la presencia del Otro es un enfermedad crónica que tiene que ser controlada como por ejemplo en Santo Domingo, en un barrio pobre una simple mirada duradera puede considerarse como una instigación a la pelea, por eso quien vive ahí se mueve a través de una conciencia encarnada, o sea una vez que el individuo aprendió algo lo repite automáticamente para sobrevivir.

En cualquier lugar del mundo, como desde Delhi hasta América Latina, el conocimiento local aprendido en un barrio no prepara los

individuos a enfrentarse con la vida de las grandes ciudades. De hecho, para un inmigrante enfrentar la erradicación significa conectarse con el propio Yo interior y poder así empezar a pensar afuera de los esquemas, permitiendo la adquisición de confianza respecto a la convivencia con los demás. De hecho, así los individuos crecen desde un punto de vista ético y psicológico.

Algunos de los Otros suelen ser aislados en lugares propios situados afuera del centro de la ciudad, los llamados ghettos, donde pueden instaurar y evolucionar sus culturas. En efecto, desde estos lugares nacieron, en época moderna, los denominados: barrios pobres, villas, bidonville, etcétera. En estos lugares, los individuos viven solamente con sus propios medios, utilizando algunas mínimas herramientas necesarias para sobrevivir, es decir una casa realizada con materiales de desecho, pequeños lugares de socialización. De hecho, el urbanismo tiene mucho que aprender de la gente muy pobre que está obligada a trabajar con formas incompletas de construcciones. En particular, ese término identifica aquellas construcciones que son dotadas solo de paredes, de sistema eléctrico y de sistema hidráulico que después cada propietario puede terminar siguiendo sus gustos. Cada una de estas unidades habitacionales tiene una escalera afuera así cada piso puede ser independiente. Esta tipología de construcción fue inventada por el arquitecto chileno Alejandro Aravena y utilizada por primera vez en el barrio Quinta Momoy. Sucesivamente veremos la aplicación de esta misma tipología en otro lugar del mundo, o sea las villas miseria de Buenos Aires en particular la Villa 31 que es el enfoque de mis estudios. Claramente un barrio pobre se puede mejorar también con signos simbólicos arbitrarios como diferenciar la pavimentación en algunas áreas de la calles o pintar partes desnudas de las paredes con colores brillantes. Un lugar tiene su propia connotación cada vez más

que sus habitantes se sienten identificados con él y afirman, “este es mi propio barrio!”.

2.1. La capital de Argentina: Buenos Aires, una ciudad cosmopolita

Dónde estamos? Tal vez donde el mapa termina su curso, en el punto continental más austral del planeta, donde empieza la aventura entre caudalosas cataratas, altas montañas, extensas llanuras o imponentes glaciares; donde el asombro y la imaginación se conjugan para aportar placidez y regocijo descansando los sentidos en los encantos naturales que se pueden visitar en este vasto territorio (Welcome Argentina 2018).

La República Argentina se encuentra en el cono sur de Hispanoamérica; limita al norte con Bolivia y al noreste con Brasil y Paraguay, al este con Uruguay y Océano Atlántico y al sur y oeste con Chile. Presenta también un sector antártico conocido como la Antártida Argentina. Por su extensión territorial Argentina no tiene una gran densidad demográfica. Es el país de habla hispana más grande, pero se escuchan también otros idiomas como por ejemplo el italiano, el francés, el alemán y los idiomas nativos americanos. Esto se debe a la masiva presencia de migrantes, principalmente europeos, que a lo largo del tiempo se establecieron en el País. De hecho la mayoría de estos migrantes se estableció y continua a hacerlo en la capital del País, la ciudad Autónoma de Buenos Aires desde la segunda mitad del siglo XIX. La ciudad de Buenos Aires se encuentra en la parte oriental del país y se asoma al Océano Atlántico,

nombrado en esta parte Mar Argentino, y la capital de la provincia es La Plata. Cuando hablamos de Buenos Aires no tenemos que pensar solo en la capital del País, sino también en la metrópoli Argentina, llamada Gran Buenos Aires, constituida por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y sus 33 partidos sobre su provincia. De hecho este aglomerado no forma una unidad única administrativa. La fusión entre el estilo europeo y el sabor latinoamericano convierte la ciudad de Buenos Aires en la mayor atracción del País.

A nivel urbano la capital presenta numerosos barrios de interés históricos y arquitectónicos como San Telmo, la Recoleta, Palermo, la Boca, Puerto Madero, Monserrat y Retiro, donde se pueden ver rascacielos, esplendidos jardines, numerosas plazas y monumentos. Todo esto representa el centro neurálgico económico y social de la capital. En contra a estas bellezas se encuentran repartidas en el interior y en el conurbano bonaerense una gran cantidad de villas miseria.

2.2 Las villas miseria, una aglomeración de pobreza

En el mundo tan desarrollado en el que vivimos hoy, no se ha logrado extirpar la pobreza. La experiencia de pobreza está causada y afectada por las inflaciones, la inestabilidad cíclica, el tipo de cambio, la regulación del mercado del trabajo y la apertura comercial, todo esto sumado al hecho de que los políticos desconocen el real proceso de inclusión y exclusión. Como en todos los Países, también en Argentina son muchas las personas que viven en condiciones desagradables, pero en esta nación se ha difundido un fenómeno mucho más complejo que una

simple forma de pobreza urbana: las villas. Las villas, llamadas precisamente villas miseria o villas de emergencia, son viviendas ilegales, la mayoría de las veces autoconstruidas con materiales de deshecho como madera, chapa, cartón, bolsas de plástico y ladrillos de baja calidad, en las que habitan los llamados villeros. Se trata de personas que tienen problemas económicos importantes debido a la ausencia o precariedad de los ingresos, el que las obliga a ocupar ilegalmente tierras públicas o privadas para sobrevivir, aunque algunos son propietarios de los terrenos que ocupan. Estos pobres viven al margen de la sociedad, la mayoría de los cuales, sin energía eléctrica, sin agua corriente, sin cloacas, sin recolección de basura, es decir, sin los servicios básicos que garantizan vivir una vida, digamos, humana. Es una realidad que los encierra, como una barrera, negándoles la posibilidad de ascender socialmente y participar al progreso económico, social y cultural que caracteriza el resto del País.

En efecto en Argentina coexisten dos ciudades: una legal y otra ilegal. La primera más desarrollada y por eso situada positivamente en el centro del mundo y la segunda aislada de los beneficios del progreso. Hablamos de dos ciudades porque el número de estos asentamientos precarios es muy elevado. De hecho los primeros resultados del relevamiento que realizó el gobierno nacional junto a distintas ONG y movimientos barriales entre el agosto de 2016 y mayo de 2017, y que compone el Decreto 358/2017, afirma que, hoy en día, son “4.100 [las] villas relevadas en todo el país, donde la mayor concentración tiene lugar en la provincia de Buenos Aires (1.612) y que, si se agruparan todas en un mismo territorio, conformarían un área más grande que la ciudad de Buenos Aires. Más de la mitad de las villas (2.275) nacieron antes del 2000, mientras que 749, casi un cuarto del total, son posteriores a 2010. En tanto, de 1.340.272

personas relevadas, el 38% son niños o jóvenes de hasta 20 años, y el 3% son mayores de 65 años” (Patricio Tesei 2017).

Las villas nacieron en los años Treinta, en la cercanía del Nuevo Puerto de Retiro. Cuando los inmigrantes europeos, principalmente polacos e italianos, llegaron a Buenos Aires. Eran personas que no tenían nada porque escapaban de la guerra y del hambre en búsqueda de una nueva vida. Construyeron en este lugar porque era cercano al puesto de trabajo que ocupaban, principalmente en el puerto y en los ferrocarriles. En las primeras décadas, este aglomerado de inmigrantes fue desalojado y reubicado un montón de veces, pero siempre volvió a renacer, hacia establecerse dentro de la Villa 31 de Retiro como un distinto barrio llamado Barrio de Inmigrantes. Estos fueron los años de la gran industrialización, la que, debido a la numerosa necesidad de mano de obra, causó la emigración desde las zonas rurales hacia las zonas urbanas. Desde 1955, hablar de las villas empezó a ser objeto de las políticas públicas gracias a los primeros planes de erradicación. Un primer paso, en este sentido, se realizó durante la dictadura cuando se escribió el Plan de Emergencia que sirvió para postular el desalojo de las villas. Sucesivamente, ese plan fue ampliado y ultimado a través de la ley 17.605/67, que subrayaba la necesidad de urbanizar los villeros en lugar de las villas desde el punto de vista estructural. Para acercarse a este objetivo construyeron los llamados núcleos habitacionales transitorios (NHT), es decir, viviendas de socialización urbana donde los villeros tenían que vivir antes de recibir la asignación de los hogares permanentes. A partir de ese momento las villas generaron una resistencia muy fuerte contra las modificaciones, y hasta los años Sesenta, se acercaron a distintas organizaciones como la de los Sacerdotes para el Tercer Mundo, la Comisión Municipal de Vivienda y otras. En 1973, cuando empezó el tercer gobierno peronista, el movimiento villero ya se había

conformado al proyecto nacional y popular, y fue propio en este momento que la población villera tocó el pico máximo en su crecimiento. En 1976 se actuó de manera drástica a través de desalojos compulsivos: los habitantes de las villas fueron obligados a regresar a sus lugares de origen, al que se suma el hecho de que varios pobladores y referentes desaparecieron y fueron reprimidos físicamente, no se sabe ni cómo ni por parte de quién. Al final de la dictadura, en 1983, las villas que no fueron erradicadas completamente se reconfiguraron gracias, sobre todo, a la llegada de algunos de sus antepasados y nuevos inmigrantes. A lo largo de los años Ochenta, se sucedieron numerosos planes cuyo objetivo era intentar resolver el problema de manera distinta pero sin olvidar el planteo común, o sea, radicar e integrar a los entornos villeros. Esta línea de intervención sigue siendo visible y fue fortalecida normativamente cuando, por ejemplo, a mediados de la década de los Noventa, en la Constitución de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires se incorporó el artículo 31, que pone énfasis sobre el derecho a la vivienda y a la ciudad, con particular referencia a las villas y otras situaciones de emergencia habitacional.

En una sociedad no son importantes solo los recursos económicos sino también que los integrantes puedan ampliar su capacidad de elegir sus propios caminos, aumentar su bienestar y claramente desarrollar nuevos proyectos de vida. De hecho, son muchos los factores que impiden a los villeros desarrollar la vida que más quieren. Ahora vamos a ver algunas condiciones que caracterizan la manera de vivir dentro de las villas. Los que mayormente sufren la pobreza son los niños que se encuentran indefensos y sin herramientas propias para distinguirse de su entorno social y familiar. Ver los niños pobres genera en quien los mira dos emociones contrastantes: conmoción y miedo. Conmoción cuando sufren para el hambre y miedo cuando se acercan a las drogas, a los delitos y a la men-

dicidad. La vida de adultos de estos niños, claramente, está relacionada a las condiciones en que vivieron su niñez. El apoyo que necesitarían estos niños sería el de la contención maternal, poder ir a la escuela para descargar el estrés y aprender, el afecto y el diálogo, que melancólicamente, no tienen porque las madres pobres tienen que trabajar o sufren violencias familiares y carencias propias del embarazo adolescente. Para solucionar este problema y reducir la distancia entre pobres y no pobres, Argentina, desde mediados de los años Noventa, adoptó la Asignación Universal por Hijo, que es una ayuda económica para los niños desfavorecidos y sus familias, gracias a la que las madres pueden pasar más tiempo juntos a sus hijos. Se estableció también una beca de inclusión otorgada a estudiantes entre 6 y 18 años con diversos problemas de exclusión de la escuela primaria y secundaria para que ellos terminen los estudios.

La cantidad de energía que pueden tener las mujeres está vencida por la pobreza. De hecho, las mujeres viven una situación compleja y delicada, ya que, la mayoría de las veces, están reducidas a simple amas de casa y son valoradas solo por su actividad reproductiva; todo esto les impide ingresar en el sistema educativo o en la vida laboral externa del hogar. Las madres indigentes tienen más hijos respecto a las madres de la ciudad legal, y a eso se añade el hecho de que mayor es el número de sus hijos, menor es su nivel educativo. Generalmente las madres y mujeres que no trabajan tienen una edad entre los 25 y 40 años, mientras que las que trabajan tienen empleos volátiles y con ninguna posibilidad de progreso personal, como por ejemplo en los servicios domésticos. Las mujeres adultas no solo tienen que cuidar a los niños pequeños sino también a las personas mayores, pero, muchas veces, necesitan de la ayuda de las adolescentes que por eso se ven obligadas a abandonar los estudios. Para intentar solucionar este problema la nación aprobó “el programa PRANI II, lanzado en

1997 durante nuestra gestión en la Secretaría de Desarrollo Social, y que funcionó hasta 2000, instaló Centros de Cuidado Infantil en numerosos municipios del País, con la estrategia de cuidado comunitario de niños vulnerables, en estrecho contacto con la escuela local. Asegurar a las mujeres un cuidado estable de sus hijos y otros familiares, e incrementar la contención a los niños con carencias especiales, genera una cadena virtuosa de impactos que mejora sus condiciones de negación y contratación en el mercado de trabajo, permite pensar seriamente en mejorar su formación y, por tanto, las aleja del efecto sticky floor que ya mencionamos” (Amadeo 2011, p. 135).

Un problema muy grave ligado a las mujeres pobres es el embarazo en edad adolescente, cuya causa principal es la ignorancia sobre el tema de la reproducción y de los anticonceptivos. Eso causa el abandono de los estudios por parte de estos padres jóvenes, el que influye en su propia formación de vida y la de sus niños. Entonces, se necesitarían espacios amigables donde estos padres y mujeres podrían recibir las herramientas necesarias para no repetir la historia, como escuelas, grupos de amistades, instituciones comunitarias, organismos políticos, etcétera. El desempleo es un fenómeno muy extenso en Argentina, pero otro aún más grave, hoy en día, es el trabajo en negro. Son muchos los factores que causaron este fenómeno, como la vaga rentabilidad de las empresas, el antepuesto de regularización, el despido y otros más. Nadie quiere invertir en las relaciones laborales en blanco sobre todo cuando se habla de pobres que tienen una baja credencia educativa. Los trabajadores asalariados informales reciben un salario promedio que es inferior a lo de los trabajadores asalariados formales que en proporción es mucho más alto. Las personas que trabajan en negro no tienen garantía para el futuro porque no tienen las horas de trabajo registradas y por eso no pueden aprovechar de los

seguros sobre la salud. A pesar de todo, trabajar en negro es para ellos “la peor pero la única posibilidad de lograr un ingreso” (Amadeo 2011, p. 206). A medida que sube el nivel de educación del jefe, baja el nivel de trabajadores informales. “Trabajar con los excluidos exige cambiar la cabeza, hacerla más audaz y creativa. Una población que está afuera de los circuitos de la formalidad no puede resolver sus problemas con las instituciones financieras actuales, ni con un Estado esclerótico y burocrático que no comprende la complejidad que debe afrontar. Y meno aún si se sigue suponiendo que es posible hacer política con programas que por esa misma razón están destinados al fracaso” (Amadeo 2011, p. 210).

La informalidad de este tipo de sociedad motiva la utilización del espacio para actividades ilegales como vender y comprar drogas o actividades delictivas, pero claramente no todos los villeros caen en esta trampa. El paco es la palabra iconos de lo peor de la ciudad ilegal y se refiere a una tipología de droga. Para algunos drogarse es la única manera que tienen para escapar de la condición en la que viven. No todos pueden acceder a la prevención de la misma manera, sobre todo los pobres que no tienen posibilidad alguna. Mayor son los niveles de pobreza y mayor es el consumo de cocaína y éxtasis y en particular de aquellas drogas que cuestan menos pero son peores en calidad y producen más efectos. Los estudiantes adolescentes muy pobres empiezan con el paco y con los inhalantes para llegar a utilizar drogas duras. Los que consuman el paco son nombrados paqueros, se trata de personas que no pueden parar de consumir y lo tienen que hacer inmediatamente. El paquero no solo está excluido porque se encuentra en una situación de pobreza, sino también porque, siendo adicto, es rechazado por todos los que lo rodean. En el interior de las villas hay lugares llamados cocinas, que se pueden considerar pequeñas fábricas de drogas dirigidas por grupo de familias que reciben las materias

primas de los narcotraficantes, los que, una vez obtenido el producto final, se dedican a su distribución. En una condición de desigualdad social es más probable que se difunda la criminalidad y la violencia social, que muchas veces llevan al delito. La mayoría de los crímenes son cometidos por jóvenes, que suelen hacerlo para participar de una aventura, por justa indignación o porque quieren achicar la distancia entre lo que quieren y lo que realmente poseen. Cabe destacar que dentro de las villas se puede hacer una distinción entre los más fuertes y los más débiles, donde los primeros hacen un comercio inmobiliario alquilando pequeñas viviendas, a un precio absurdo, y los segundos, que representan los inquilinos, debido a su condición social y económica, no pueden rechazar.

En las villas existen, además, códigos de vivencia, una cohesión social propia y también propios mercados destinados a la venta de ropa, comida y todo lo que sirve para la persona y la casa. El hecho de que “los lazos familiares y de solidaridad son más fuerte en las villas, incluso más que en el mundo exterior” (Ylarri 2009), permite la creación, por parte de los residentes, de una especie de auto-organización interna con normas propias que regulan muchas acciones dentro de la villa. Por ejemplo, es posible que un delito no sea juzgado sino justificado y resuelto analizando el contexto en el que se ha producido. Así se van construyendo lentamente sentimientos de pertenencias, afectos, solidaridades y confianza, durante el proceso de consolidación. La discriminación que sufren los villeros, se manifiesta en diversos ámbitos: en el trabajo, ya que los que viven en estos asentamientos precarios tienen problemas para conseguir un empleo, sobre todo porque existe el prejuicio de que los villeros tienen escasas capacidades intelectuales; en ámbito jurídico, ya que en muchos casos se les niegan los derechos y, finalmente, en la sociedad en general porque el resto de la población los mira de reojo. De hecho, “ser ‘villero’

implica no sólo tener que soportar una carencia de bienes económicos, incomodidades y peligros, sino también ser objeto de sospecha, discriminado y segregado. Inferiorizado socialmente, lucha por diferenciarse de sus vecinos pero al mismo tiempo encuentra en la “villa” los medios de supervivencia: gratuidad de los terrenos, no pago de impuestos ni de servicios, beneficios asistenciales y una tupida red de relaciones sociales informales” (Giménez y Ginóbili 2003, p. 78).

Todo eso favorece el enraizamiento de estereotipos, que lleva a la gente a atribuir a los villeros conductas relacionadas “con el mundo de la delincuencia, la vagancia, la mendicidad, la no-dignidad, o sea un conjunto de connotaciones morales. De esta manera, la pobreza es presentada como consecuencia de una causa moral o cultural, negando lo estructural y social que hay en el fenómeno” (Giménez y Ginóbili 2003, p. 77).

Estos estereotipos influyen además en la manera en que se difunden las noticias de crónica, a través de distintos medios de comunicación como los periódicos o la televisión, ya que la primera cosa que nos comunican respecto al hecho ocurrido es si eso ha pasado cerca de una peligrosa villa. Así, se deduce que la criminalidad y la inseguridad son parte propia de la villa y que el responsable es claramente un villero. Claramente, como hemos dicho al principio, se trata de un fenómeno social muy complejo, cuyo estudio, dirigido esencialmente a una solución para resolver el problema, está todavía abierto. De hecho, cabe destacar que al no encontrar una solución eficaz, resulta inevitable tolerar esta realidad, aunque totalmente ilegal. Lo peor de esta situación es que, en cada nueva crisis, hay gente que sigue siendo fuera del sistema y que no logra recuperarse. Afirmar que los pobres existen, tanto para los gobiernos como para los ciudadanos significa admitir que hay problemas y defectos en la sociedad

y en nuestra riqueza personal, por eso se opta para una solución parcial o hasta no considerarlos.

Han sido muchos los antropólogos y sociólogos, que, a lo largo de los años, intentaron desvillarizar una porción de ciudadanos villeros para recolocarlos en la ciudad legal, pero, este cambio de hábitat resultó tan traumático para ellos que decidieron regresar a sus viviendas. Eso ocurrió por dos motivos principales: el primero porque perdían sus redes de amistad y altruismo entre vecinos; el segundo porque tenían que reconstruir su propia identidad, se sentían ajenos de su esencia, tanto que consideraban sus nuevas vidas como algo de prestado. Una solución diferente, propuesta por los urbanistas, es la de mejorar la vida en la villa miseria a través del otorgamiento del título de propiedad en la que viven, porque de esta manera empezarían a aprender el valor de tener una casa, de cuidarla y también el valor de educarse, trabajar, es decir, buscar un futuro mejor. El paso siguiente es la urbanización que consiste en dotar estas zonas precarias de cloacas, calles, instalaciones eléctricas estatales, escuelas, centros de asistencia sanitaria, oficinas de empleo, parques infantiles y muchas infraestructuras más.

Las condiciones de pobreza y equidad de la ciudad están conectadas claramente con la democracia, que es un instrumento, una meta y un espacio de pluralidad y expresión para la aplicación equitativa de las capacidades de los individuos y su libertad. Las personas pobres no pueden expresar sus pensamientos y aspiraciones, porque no son escuchados y entonces se sienten alejados, por ejemplo no pueden reclamar las cosas más elementales para sus barrios y por eso se entienden solo entre ellos. La política moderna social, para evitar la denigración, tendría que poner en acto lo llamado empowerment, o sea empoderamiento, que se refiere

al proceso de potenciar “the capacity of poor people to influence the state institutions that affect their lives by strengthening their participation in political processes and local decision-making. And it means removing the barriers-political, legal, and social-that work against particular groups and building the assets of poor people to enable them to engage effectively in markets” (The World Bank 2001, p. 39).

Argentina no tendría que repetir la historia y poder respaldar fiscalmente y operativamente este avance con acciones políticas como la de planes alimentarios, leyes de educación, programas sociales, programas de adicciones, de salud sexual y reproductiva con distribución de medicamentos básicos iniciadas y frenadas dentro del mismo gobierno. Todo eso achicaría las distancias culturales y sociales entre la ciudad ilegal y la legal, ya que esta última empezaría a mirar los villeros con ojos positivos.

2.3 Villa 31 y Puerto Madero: dos caras de la misma moneda

Argentina es un país maravillosamente contradictorio, cuyas bellezas y oscuridades se pueden percibir solo recorriendo sus lugares. Personalmente, tuve la posibilidad de permanecer en la capital del País, Buenos Aires, diferentes veces pero el último viaje fue el más significativo. De hecho, por primera vez, me di cuenta de que estaba en una realidad en la que coexistía de manera palpable el contraste entre pobreza y riqueza. El ejemplo más chocante, que me hizo abrir los ojos y me indujo a investigar fue la contigüidad entre Villa 31 y Puerto Madero. La documentación que empleo, la pude conseguir después de haber engrasado en estos lugares, claramente si acceder a Puerto Madero fue fácil, en la

Villa no fue fácil por eso me acompañaron un policía y un arquitecto del gobierno de la Ciudad.

La Villa 31 está situada en un lugar estratégico ya que se encuentra cerca de la estación de Retiro, del terminal Omnibus, de las actividades comerciales, o sea, en el centro de la ciudad. Hay algunas zonas donde no se puede acceder porque se encuentra la mayor concentración de narco-trafficantes y ladrones que no quieren mejorar sus vidas y participar en el progreso. En el momento en que me encontré por primera vez delante de esta realidad, dentro de mí se mezclaban muchas emociones: sorpresa, inquietudes, tristeza y curiosidad. Me generó inquietudes y tristeza ver la peligrosidad de los aglomerados de cables eléctricos encima de nosotros y de la condición de las viviendas en que vivían. Pero al mismo tiempo me sorprendió ver que, a pesar de todo, la gente sonreía y estaba aparentemente tranquila y, consecuentemente, sentí curiosidad por el mundo paralelo que se crearon. Como hemos dicho antes, el número de los villeros sigue aumentando y eso genera cambios en la estructura y la ubicación de las viviendas. A este respecto, vi en primera persona la parte antigua, desde el punto de vista urbanístico, de la villa caracterizada por viviendas de uno, máximo dos pisos, hasta llegar a la parte moderna donde estas casitas suelen tener muchos más pisos. Eso se debe al hecho de que “sin espacio para acomodar nuevas viviendas en sus intrincados pasillos y calles de tierra, las villas de emergencia de Buenos Aires crecen sin pausa... hacia arriba. En cuestión de semanas, allí donde antes había una casita de chapa y ladrillo sin revocar, bien puede levantarse una estructura igualmente precaria pero de dos niveles, que luego serán tres o más” (Perasso 2009).

Cada una de esas unidades habitacionales, que mide 25 m² y que normalmente presenta a su interior un baño, una cocina y un cuarto, pue-

de acoger una o más familias. La expansión de esta villa llegó a ocupar el lugar debajo de la autopista, donde las viviendas no tienen ventanas, tiemblan cuando arriba pasan los camiones, se inundan cuando llueve y tienen humedad.

Hoy en día, el gobierno de la ciudad está actuando un imponente proyecto de urbanización de la Villa, cuya realización tuvo lugar gracias a la sinergia que se estableció entre los delegados de las diferentes zonas de este lugar y los representantes de la Legislatura. Pero el camino para llegar a la aprobación de este Plan de Urbanización fue bastante largo porque encontró la resistencia de algunos legisladores del PRO y del Kirchnerismo, que tenían particular interés en estas tierras. El objetivo de ese proyecto es dotarla de cloacas, sistemas eléctricos, agua corriente y establecer en el territorio una sucursal gubernamental, pero, sobre todo, incentivar la edificación a norma de ley de nuevas unidades habitacionales, con la colaboración de los villeros. En este sentido se sigue la tipología constructiva de Alejandro Aravena que se encuentra explicada en algunos párrafos antes. De hecho se establece que, cada una de esas nuevas casitas tiene que medir al menos 42 m² y presentar un salón y dos dormitorios. Los que quieren aportar esos cambios en sus viviendas tienen que anotarse en una lista y, una vez averiguado si cumplen con los requisitos, se redacta una lista de clasificación que establece quién puede aprovechar de esos beneficios, y entonces recibir los materiales necesarios para realizar los trabajos. En efecto, son los villeros mismos los que construyen sus propias casitas bajo la vigilancia de algunos arquitectos del gobierno de la ciudad que trabajan ahí y que controlan que el proyecto de edificación sea respetado. Debido a la falta de confianza en las instituciones, los villeros se encargan de los trabajos porque temen que les saquen sus cosas y los desalojen. Tienen miedo incluso de los demás habitantes de la villa por-

que saben que hay un alto nivel de criminalidad y, por eso, ponen afuera de sus habitaciones las rejas para protegerse.

El proyecto de urbanización incluye además: el desalojo de la Villa 31 Bis con la implantación en su lugar del Centro Deportivo, del Centro de Generación de Trabajo y Renta y de la Explanada-Plaza Cívica; la construcción de nuevas viviendas para los habitantes de la Villa 31 Bis; actualizar el mobiliario urbano, la señalización y el tratamiento de la basura; la regeneración urbanística, arquitectónica y paisajística del sector de la iglesia del Padre Mujica; la implementación de vegetación en todas las calles y de patios de recreo, canchas de fútbol, escuelas infantiles, librerías, etcétera.

Si un día me preguntaran como me sentía recorriendo las callejuelas de la Villa 31, les contaría que al principio de mi paseo sentía todos los ojos sobre de mí como si los que me veían iban analizando todos mis movimientos, pero después esa sensación se menguó cuando, mientras íbamos caminando, la gente empezó a saludarme normalmente, como hacía con los arquitectos, y a charlar no solo con ellos sino también conmigo. Creo que también los villeros tuvieron mi misma sensación cuando al verme se sintieron observados más como objeto de mis estudios que como personas normales con pensamientos y vidas propias. Pero, como pasa por todas las cosas, una vez acostumbrados a mi presencia no me hicieron más caso.

El confin entre la pobreza de la villa y la riqueza que la rodea está bien marcado y no presenta una transición gradual. De hecho cuando terminé el paseo al interior de la villa, me encontré inmediatamente trasla-

dada en el medio de parques, rodeada por rascacielos e inmensas bellezas, en específico me encontré en Puerto Madero.

Puerto Madero, como lo vemos hoy, es el resultado de distintas transformaciones que se sucedieron a lo largo del tiempo. El barrio nació bajo el proyecto de Eduardo Madero que, en 1884, planeó la construcción de un puerto que permitía la llegada de los barcos europeos a la ciudad, así esa zona, que un tiempo era desolada y agreste, pronto se convirtió en un lugar próspero y lujoso. Los trabajos del proyecto empezaron durante los años 1900-1905 y no se acabaron nunca porque todavía sigue enriqueciéndose. Primero se realizaron 16 docks de tres o cuatro pisos, construidos con pequeños ladrillos rojos, o sea, siguiendo el estilo arquitectónico utilitario inglés. La zona portuaria empezó a extenderse a partir del año 1910 a través de la construcción de dársenas en forma de peine. Al final de la década de los Ochenta, fueron urbanizados 170 hectáreas, que antes se habían quedado vacantes, gracias a la aprobación de la Ley de Reforma del Estado y la creación de la Corporación Antiguo Puerto Madero. Esa corporación es una sociedad anónima financiada por partes iguales por el Estado Nacional y la Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires que hoy es el Gobierno de la Ciudad. En 1990 el Plan Estratégico Catalán para el Viejo Puerto Madero dio el comienzo al gran cambio de esa zona transformándola, como la conocemos hoy, en el área urbana más cool de América Latina. El completamiento del proyecto en tiempo récord hizo nacer grandes edificios, altísimas torres y puentes que se asoman sobre el Río de la Plata; pero la innovación más importante fue la construcción, en el año 1993, del polo gastronómico más grande de la ciudad que cuenta hoy con centenar de restaurantes de lujo. En el mismo año se construyó, por primera vez en el margen este de los diques, la capilla Nuestra Señora

de la Esperanza, que surge en un espacio que la Corporación Antiguo Puerto Madero donó a la Iglesia Católica Argentina.

Claramente en un lugar tan rico no podían faltar inversiones en hotelería, las que permitieron la realización de majestuosos hoteles, que yo misma pude ver recorriendo las calles del barrio. Los más importantes son el Hotel Madero, el Faena Hotel, el Alvear Icon Hotel, el Hilton Buenos Aires y el Sheraton Hotel. Pero, por la gana de este barrio de no parar nunca de crecer, hay algunos proyectos en marcha como el del Evergreen Hotel y de otro hotel de cinco estrellas de una cadena taiwanesa. En Puerto Madero destaca también la presencia de obras arquitectónicas de importancia cultural e histórica como el silo de la Junta Nacional de Granos, el edificio con dos torres de la ex Molinos Río de la Plata y el viejo molino El Porteño. Por lo que se refiere a los monumentos y las obras de arte, el barrio cuenta con la presencia del Paseo de las Esculturas y la Antena Monumental. A ese propósito, la empresaria multimillonaria Amalia Lacroze de Fortabat quiso realizar, en el dique cuatro, su propia sala de exposición de obras de arte. Por fin cabe decir que ya están listos dos museos, uno detrás del dique tres dedicado a las telecomunicaciones y otro dedicado a los calcos y escultura comparada, que se encuentra en una zona particular llamada: Costanera Sur. Costanera Sur es la Reserva Ecológica en cuyo territorio, que mide casi 350 hectáreas, además de encontrar parte del patrimonio arbóreo centenario de la ciudad, se puede contemplar la flora y fauna típicas del Delta y la ribera rioplatense. El barrio presenta además otras zonas verdes como los parques Mujeres Argentinas, María Eva Duarte de Perón, Micaela Bastidas y zonas como malecones peatonales y bulevares de conexión a escala humana, que se pueden recorrer caminando o en bicicleta. El espíritu feminista que caracteriza este barrio

lo vemos en los nombres de todas sus calles que llevan principalmente nombres de mujeres famosas de la historia Argentina.

Debido a su larga expansión, hoy en día, los límites de Puerto Madero son, de norte a sur, las avenidas Cecilia Grierson y Elvira Rawson de Dellepiane y, de este a oeste, por el río y la avenida Madero Huergo. A pesar de todo eso Puerto Madero presenta algunos problemas sobre todo en el transporte público y en el equipamiento educativo. En 2007, se intentó resolver el problema a través del Tranvía del Este, que recorría en forma paralela a la principal avenida del barrio, Alicia Moreau de Justo, entre las avenidas Independencia y Córdoba. Desafortunadamente ese servicio fue interrumpido en el año 2016. Puerto Madero, pensado inicialmente como un barrio destinado a la clase media, se convirtió en un barrio para sectores de altos ingresos y no solo, ya que “detrás de [su] fachada pujante [...], de sus edificios con firma de autor y de sus comercios dolarizados, se mueve un submundo de negocios turbios y extravagancias sin filtro” (Daiha 2014, pp. 9-10). De hecho el barrio garantiza no solo seguridad contra los robos, sino también privacidad a los usuarios, la mayoría de los que son políticos, sindicalistas, empresarios, celebridades y otros más, que “se cruzan con narcos y otros tráfugas de paso, en un territorio hace veinticinco años solo ocupaban las ratas” (Daiha 2014, p. 10).

Cuando durante la última década pasaron los más importantes escándalos de corrupción, las empresas mayormente nombradas estaban radicadas en esta zona, que supuestamente tiene calles con nombre de luchadores sociales. Además el barrio es famoso por sus fiestas caracterizadas por el uso de drogas, alcohol y prostitución donde participan lo más ricos del País. Puerto Madero, con sus bancos, es el centro de las más grandes operaciones de Argentina. En sus calles no pasa nada, es todo

limpio y desolado, mientras que dentro de los edificios, donde nadie puede huir o ver nada, se hacen en secreto las más importantes negociaciones. “El hábitat de un objetivo paradójico, el de jactarse de las conquistas, pero ser invisible; hacer negocios invisibles. Y que el árbol – algún edificio destellante de vidrio y metal por fuera y mármoles por dentro – tape un bosque de frutos prohibidos” (Daiha 2014, p. 16). Hablando de las negociaciones invisibles se puede afirmar que Puerto Madero es la zona del país con la mayor concentración de metros adquiridos por sociedades anónimas, eso se puede comprobar en los resúmenes de expensas donde aparecen muy pocos nombres propios. Todo está en las manos de la Corporación Antiguo Puerto Madero que no suele seguir una propia ideología política porque “cuando la caja es grande y puede compartirse con equidad, las fronteras ideológicas le ceden paso a una óptima convivencia” (Daiha 2014, p. 27).

Aunque el barrio es el más progresista y rico de la ciudad no tenemos que olvidar que se encuentra cerca de zonas peligrosas para la salud del individuo, como el polo petroquímico Dock Sud, el Riachuelo y la central termoeléctrica Costanera. La élite en el barrio se concentra en el dique 2 y extiende su encanto hacia el dique 3 y elige vivir en estos altísimos edificios para representar su posición privilegiada. Estas personas de alto rango suelen discriminar los del fondo, o sea, los que viven en el dique 1 que es una zona periférica, y también los que viven en los alrededores de Madero-Oeste. La discriminación no se ve solo de esta forma sino también en el interior de los edificios donde trabaja gente de color que, para servir a estos ricos impertinentes tienen que utilizar guantes blancos como si fuera necesario remarcar, de manera horrible, una diferencia que en realidad nunca existe. A pesar de la presencia de un número elevado de viviendas según el último censo los habitantes de Puerto Madero no

llegan a 7000 personas. Los yuppies chinos representan una nueva tipología de residentes de esta zona desde cuando colocaron la sede del banco ICBC precisamente en el Madero Office, empezaron los negocios con el gobierno argentino y construyeron numerosas tiendas al interior de este barrio. Quien no quiere comprar en estas tiendas puede hacerlo en los mini-market, que mantienen el estilo de vida yanqui, donde pueden encontrar, a todas las horas, todo lo que necesitan desde los fideos hasta el paragua.

En conclusión estamos frente a dos realidades tan distintas pero al mismo tiempo similares, ya que lo que representaría el bien del País, Puerto Madero y el mal, la Villa 31, en realidad, como lo Yin y lo Yang, se intercambian entre ellos porque es cierto que dentro del bien existe una semilla de maldad y que dentro de todo el mal existe una semilla del bien, de hecho, sin el bien no puede existir el mal y viceversa. Aunque todo eso sea verdad, ¿como puede un País tener los ojos cerrados ante una realidad que lo está matando poco a poco?

Referencias

- Amadeo, E. 2011. *País rico País pobre. La Argentina que no miramos. Una propuesta para salir de la trampa de la pobreza y la inequidad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Castronovo, V. 2015. *Prospettive di popoli e scenari*, volume 3. Milano: Rizzoli.
- Cravino, M.C. 2009. *Entre el arraigo y el desalojo la Villa 31 de Retiro. Derecho a la ciudad, capital, inmobiliario y gestion urbana*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Daiha, A. 2014. *El barrio del poder. Vida secreta de Puerto Madero*, Buenos Aires: Random House Mondadori.
- Kapuscinski, R. 2012. *Encuentro con el otro*. Barcelona: Anagrama.
- Giménez, M. N., Ginóbili, M. E. 2003. “Las ‘villas de emergencia’ como espacios urbanos estigmatizados”. In *Historia Actual*. Acceso a: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=876582>.
- Lo Vuolo, R. 2009. *Distribucion y crecimiento. Una controversia persistente*. Buenos Aires: CIEPP/Mino y Davila.
- Sennett, R. 2018. *Building and Dwelling. Ethics for the City*. London: Penguin Books.
- Tesei, P. 2017. “Mapa de las villas en Argentina: juntas, son más grandes que la ciudad de Buenos Aires”. Acceso a: <https://www.infobae.com/politica/2017/05/23/mapa-de-las-villas-en-argentina-juntas-son-mas-grandes-que-la-ciudad-de-buenosaires/>.
- The World Bank. 2001. *World Development Report*. Acceso a: <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/11856>
- Welcome Argentina. 2018. *Donde estamos*. Acceso a: <https://www.welcomeargentina.com/donde/>.
- Ylari, P. 2009. “Vivir en la villa: democracia, clases sociales y narcotráfico”. In *Perfil*. Acceso a: <http://www.perfil.com/noticias/columnistas/vivir-en-la-villademocracia-clases-sociales-y-narcotrafico-1009-0056.phtml>.